

JULIO JOSÉ ORDOVÁS

Paraíso Alto



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

PARAÍSO ALTO

JULIO JOSÉ ORDOVAS

ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© Julio José Ordovás, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3833-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Dejaste una nota de despedida: «Adiós. Voy a buscar el paraíso.»

ILEGALES

OFICIO DE ÁNGEL

Yo también vine a Paraíso Alto a suicidarme.

No hay lugar más apartado del camino de Dios. Un pueblo abandonado envuelto en una luz de limbo, con un cementerio sin lápidas y sin cruces.

Se dicen muchas cosas de Paraíso Alto y no todas son ciertas. Tras comprobar que no había manos que salieran del suelo para agarrar al recién llegado por los pies y arrastrarlo a las profundidades, entré en la iglesia. Había una caja de cerillas y pensé que aquellas cerillas estaban allí para ayudarme a encontrar la fe. Encendí las velas del altar y me entretuve lanzando al aire cerillas encendidas hasta vaciar la caja. Después busqué un árbol apropiado para colgarme y cuando ya lo tenía todo dispuesto cambié de opinión. No fue el miedo a la muerte ni unas repentinas ganas de vivir lo que hizo que me echara atrás en el último segundo. Tampoco me iluminó un rayo divino ni me frenaron los pájaros con su fastidiosa alegría. Simplemente cambié de opinión.

En Paraíso Alto las horas no hieren. El viento silba siempre la misma canción y el cielo no ofrece consuelo ni esperanza.

Unos cerros atormentados velan el cadáver del pueblo. El río es un crespón de luto, y el pinar un coro de plañideras.

Paraíso Alto está orientado únicamente al suicidio. En sus calles, barridas por la desolación, solo se oyen palabras sin vida que resuenan al rodar por el empedrado.

Pero bajo esta máscara funeraria Paraíso Alto esconde una sonrisa.

La sonrisa del ahorcado.

De mis primeros días en Paraíso Alto tengo un recuerdo poco nítido. Sonambuleé como un náufrago en una isla desierta a la espera de que sucediese un milagro o un cataclismo. Escuché las historias de los árboles y hablé, largo y tendido, con las piedras. Ellas me ayudaron a desengancharme de las servidumbres terrenales y me convencieron para que aceptara el oficio de ángel.

Si bien la mayoría de los suicidas vienen a Paraíso Alto a pie, como peregrinos, también hay quienes vienen en coche, en moto o en bicicleta. Yo me deshago de los vehículos haciéndolos rodar por el barranco del Charco del Agua Muerta y procuro borrar las huellas de los neumáticos.

También doy sepultura a los muertos. Aquí todo el mundo es bienvenido. Hay sitio de sobra en el cementerio.

Los habitantes de Paraíso Alto abandonaron el pueblo dejando la ropa en los armarios, los platos sobre las mesas y las llaves en las puertas. En una de las casas principales, la que está frente al ayuntamiento, hallé una docena de trajes oscuros de corte elegante, varios pares de zapatos de mi mismo número y un sombrero de color aceituna que se ajustaba a mi cabeza a la perfección, lo que me dio una gran alegría, pues tengo el cráneo más abollado que una cacerola vieja y nunca me han encajado bien los sombreros.

Algunos suicidas se sobresaltan cuando me ven aparecer vestido como un espantapájaros.

Me he familiarizado tanto con la muerte que ya no distingo a los vivos de los muertos. Para unos y para otros lleno de aire mis pulmones y canto:

*Lo mejor de mi vida es el dolor.
Mi dolor se arrodilla
como el tronco de un sauce
sobre el agua del tiempo...*

Mi canción les llena de luz.

Sin diferencia de día y de noche hago oficio de ángel.

Gracias a Carmen gozo de buena salud. Ella se ocupa de mí como una buena samaritana. Carmen vive recluida, con su madre y su hermano, en la casa de la carretera, a unos cinco kilómetros del pueblo. Ella me lava la ropa, me da de comer, me corta el pelo y me afeita la barba. No cocina tan bien como mi madre, todo sea dicho, pero, al igual que ella, se enfada si no dejo limpio el plato. Después de comer, Carmen me pide que cante, es lo único que me pide, y yo le canto la canción de los suicidas y ella me escucha con los ojos cerrados y la barbilla temblando.

La madre de Carmen no pestañea pero ella también se llena de luz al oír mi canción. Sentada en una silla de mimbre, la vieja parece una momia.

Carmen siempre lleva restos de comida entre los dientes. Eso, y que huele a cabra vieja, es lo que menos me gusta de ella. La verdad es que no me importaría quedarme más tiempo en la casa, viendo en la tele a las echadoras de cartas a las que Carmen es tan aficionada, pero en cuanto acabo de cantar mi canción me voy de allí a toda prisa, su hermano puede volver en cualquier momento del campo y me estrangularía con sus rudas manos de agricultor si me sorprendiera sentado en su sillón, con los zapatos sobre la mesa, bebiéndome su coñac y fumándome su tabaco.

Sería una suerte para mí que el hermano de Carmen sufriera un accidente mortal con el tractor. O, mejor aún, que decidiera acudir a Paraíso Alto a suicidarse. Yo le cantaré mi canción y le buscaré un rincón acogedor en el cementerio.

El camino hasta Paraíso Alto es largo y dificultoso, por lo que los suicidas llegan cansados al pueblo. La mayoría quiere resolver el trámite cuanto antes. Pero algunos no tienen prisa por morir y he de emplearme a fondo para que no retrasen más de la cuenta lo inevitable.

Entrada la primavera, cuando el reino vegetal entra en erupción y Paraíso Alto estalla en verdes intensos, el traba-

jo me desborda. Por razones que ignoro, la estación de las flores es la preferida por los suicidas. No diré que todos los días, pero sí una vez a la semana, como mínimo, debo atender a alguno. La cosa se complica cuando vienen en pareja o cuando coinciden dos suicidas el mismo día. Para colmo, de abril a junio el cementerio se llena de maleza y los insectos voladores se obstinan en perseguirme con el fin de acribillarme a picotazos.

En las casas de Paraíso Alto he encontrado dinero, montones de dinero, también algunas joyas y cubiertos de plata, pero nada tan valioso para mí como el diario del último alcalde del pueblo, Félix Lázaro, interrumpido el día en que el hijo mayor del panadero se cayó de un tejado por donde andaba como los gatos. La caída fue terrible, pero el chico, según cuenta el alcalde en su diario, se levantó como si tal cosa y se dirigió a su casa dispuesto a recibir la tunda de palos que le iba a dar su padre en cuanto se enterara de lo sucedido.

A ojos del alcalde la vida transcurría en Paraíso Alto con normalidad. Solo una urraca le amargaba la existencia. Un día de noviembre, el alcalde, desesperado, anotó en su diario: «Todas las mañanas me despierta una urraca martilleando con su pico el cristal de la ventana. Esa urraca ha confundido mi dormitorio con mi tumba. Yo la miro desde la cama y ella me mira a mí desde el otro lado del cristal. Aún no me he muerto, le grito, y ella se ríe.»

Apenas un mes después, la urraca había dejado de despertarle: «Ahora son mis hijas las que se meten en mi cama y me despiertan a besos. Dejadme en paz, aún no me he muerto, les grito, y ellas se ríen.»

Enseguida deduje, no por lo que dice sino por lo que el alcalde calla en su diario, que su mujer se suicidó poco antes de que le fuera entregado el bastón de mando. Entre la alcaldía, el cuidado de sus dos hijas y el trabajo en el campo, al hombre no le quedaba tiempo ni para quitarle el polvo al portarretratos de su mujer. Yo sí mantengo limpia la

foto de la mujer del alcalde. Me vuelven loco sus ojos, unos ojos que dicen sí a la muerte con alegría. ¡Cómo me hubiera gustado cantarle mi canción a esa admirable mujer!

Maravilloso río el de la muerte.

Tocar el fondo, al fin, tocar el fondo.

El alcalde no quería que a sus hijas se les pudriera el alma en un pueblo sin horizonte. «Les digo que deberán buscar otro cielo, un cielo que no se cierre sobre ellas noche tras noche como la tapa de un ataúd», escribió. Sin embargo, el alcalde les enseñó a sus hijas los nombres de los caminos. Y las llevó al barranco del Charco del Agua Muerta para mostrarles dónde está el ojo del pueblo.

Las últimas navidades en Paraíso Alto iban a ser especiales. Con gran esfuerzo y notable peligro los hombres del pueblo colocaron una gigantesca estrella de cinco puntas en el capitel de la iglesia, aunque, por problemas con el suministro eléctrico, no consiguieron iluminarla. El alcalde se disfrazó de Rey Melchor y, como nadie más quiso disfrazarse, tuvo que ocuparse él solo de entregar los regalos a los niños de casa en casa, subido a una carreta tirada por un mulo indisciplinado. Al reconocer la cara de su padre tras la barba blanca, la hija menor del alcalde rompió a llorar y no hubo forma de consolarla.

La estrella navideña sigue, a día de hoy, en lo alto de la iglesia, conjurando a los rayos.

Cada noche, después de acostar a sus hijas, el alcalde se fumaba un cigarro paseando por las calles silenciosas. Aquellos paseos nocturnos le servían para auscultar el corazón del pueblo y ordenar sus pensamientos antes de sentarse a escribir. Escribía en la cocina, frente a la chimenea, y debía de dormirse a menudo con la pluma en la mano porque su cuaderno está salpicado de borrones.

Hay en su diario algunos párrafos incomprensibles, como si los hubiera escrito en sueños, repitiendo una misma

palabra decenas de veces, hasta desangrarla.

Algo muy feo debió de ocurrir en el pueblo para que todos sus habitantes huyeran despavoridos, para no regresar jamás. Carmen me respondía con evasivas y tartamudeos cuando le preguntaba sobre el asunto, así que dejé de interrogarla por no verla sufrir. No hay evidencias de que se declarara un incendio en las proximidades, que fue lo primero que yo pensé. ¿Entonces? ¿Una plaga de langostas? ¿Una radiación nuclear? ¿Una bomba de neutrones? No lo creo probable. Los pájaros también hubieran huido, y no lo hicieron.

Mis suposiciones apuntan en otra dirección.

Gente de todo el país acudía a Paraíso Alto con la ilusión de avistar ovnis. Los propios habitantes del pueblo fomentaron la leyenda de que Paraíso Alto era, desde antiguo, un imán para los platillos volantes. Daban por cierto que los extraterrestres se sentían atraídos por la extraña luz que desprende el pueblo. El alcalde, un hombre sensato, prefería no pronunciarse al respecto. Él jamás había visto una nave espacial ni nada que se le pareciera, pero no quería dejar por mentirosos a sus vecinos.

En mi opinión, entra dentro de lo posible que los habitantes de Paraíso Alto, con su alcalde a la cabeza, fuesen abducidos por una nave nodriza y transportados a algún planeta enano, frío y oscuro, donde los alienígenas, a buen seguro, los habrán esclavizado.

Debía de llevar unas cuantas horas arrastrándose bajo el sol. ¿Qué le había hecho abandonar el pasto para deslizarse por un camino de fuego dispuesta a tragarse todo el polvo del mundo? ¿Adónde pensaba llegar? Acucillado, admiraba sus penosos esfuerzos. Por el placer de fastidiarla, la aguijoneé con una caña y ella se retorció mostrándome su lengüecita bífida. Por mucho que se esforzara no iba a lograr asustarme. Su fiereza resultaba patética: había visto lombrices más grandes y moscardones más temibles.

Está escrito que cuando el mundo sea arrasado solo quedarán las serpientes. Ellas serán las únicas que sobrevivan a todas las devastaciones y volverán a reinar sobre la tierra. Pero la pequeña culebra que tenía ante mis ojos no iba a disfrutar del futuro reinado de su especie.

La cogí con cuidado para acariciarla. He conocido a mujeres con la piel más suave, más fría y más escurridiza que la de las serpientes. Enfrentamos nuestras miradas sin odio, casi con fraternidad. Yo estaba esperando que ella me mordiese y ella esperaba que yo la aplastara. Fue ella la primera en atacar: su mordedura tuvo la dulzura de un beso de despedida. La dejé libre. No huyó. Como premio a su valentía decidí concederle una muerte rápida. Pero la piedra más grande que encontré no era lo suficientemente grande y tuve que golpearla varias veces hasta que dejó de temblar. En un pequeño agujero le di sepultura y seguí mi camino, silbando.

No me dio miedo pensar que esa misma noche la culebra saldría de su tumba y seguiría mi rastro y no descansaría hasta que consiguiera enroscarse en mi cuello y envenenar mis sueños.

Dudé mucho a la hora de elegir una casa en la que instalarme. Probé a vivir en varias y me decanté por una que tiene todo el aspecto de una muela cariada y que fue construida contra los dictados del sentido común.

La casa tiene tres ventanas pequeñas y desiguales, dos de ellas orientadas hacia el sur y otra hacia el norte. Así puedo vigilar la entrada del pueblo o relajarme con la contemplación del cementerio.

El hecho de que sea esta y no otra la casa preferida por las golondrinas para habilitar cada primavera sus nidos me reafirma en mi elección. Mi corazón me dice que cuando Dios estalle en cólera las casas que se salvarán del ángel exterminador no serán las marcadas con sangre de cordero sino las señaladas por las golondrinas con sus nidos.

Hice que la casa reviviera pintando la fachada con unos botes de pintura de color sangre de toro que encontré en un cobertizo. Como sobró pintura, en el muro del viejo molino escribí un mensaje de amor: NO HAY SALVACIÓN. SÉ FELIZ.

Quién vivía en la casa es para mí un misterio. Sé que era un hombre y que no superaba el metro y medio de estatura porque su cama, ahora mía, es poco más grande que la de un niño, lo cual me obliga a dormir con las piernas encogidas, postura a la que no acabo de acostumbrarme. Debido al desorden que reinaba en la casa y a la ausencia de instalación eléctrica, de espejos, de objetos decorativos y de libros, fotografías, cuadros e incluso calendarios, deduje que su propietario era ciego.

Hay un cuarto, yo lo llamo el cuarto oscuro, en el que me encierro con frecuencia a meditar. En ese cubículo jamás ha entrado un rayo de sol. Sobre un taburete cojo situado en el centro geométrico de la habitación había un

trozo de peine con unos pelos como de lobo enredados en las púas y una pipa de maíz chamuscada.

En el diario del alcalde no aparece mencionado ningún habitante de Paraíso Alto que fuese ciego, dato que no prueba ni desmiente nada.

Me da la sensación de que la casa se despierta en el momento en que abro la puerta y subo las escaleras. Unas veces se nota que la casa se alegra de recibirme, pues solo le falta ponerse a cantar un aria. Pero otras veces se muestra muy huraña conmigo, como si le molestase que la hubiera sacado de la siesta: las escaleras se empinan, los cuartos se estrechan y los techos amenazan con desplomarse sobre mí. No contenta con convulsionarse, la casa esconde alguna de mis cosas, generalmente mi sombrero, y yo me vuelvo loco buscándolo.

Hablo con las paredes de la casa del ciego como mi madre hablaba con sus geranios. Las paredes no me dicen nada, pero tampoco le decían nada los geranios a mi madre y no por eso mi madre dejó de hablar con ellos.

Supe desde el principio que la casa me ofrecía su protección y que nada malo podría ocurrirme mientras permaneciera en ella. Sin embargo, algunas noches tengo unos sueños tan raros que me pregunto si no estaré soñando los sueños de otro. Puede que el ciego dejara una nube de residuos oníricos en su dormitorio o puede que el espíritu burlón de Paraíso Alto se esté divirtiendo a mi costa.

Tengo la sospecha de que, antes de abandonar sus casas, los habitantes de Paraíso Alto quemaron todos los periódicos, revistas, cuadernos, cartas y libros que había en el pueblo. Y es que, salvo el diario del alcalde, escondido bajo una manta en el fondo de una alacena, no he encontrado nada, ni un papel, que leer.

En casa de Carmen sí hay un libro. Es un apolillado manual de apicultura que me hace pensar, cada vez que lo veo, en el símbolo bíblico del panal de miel en la boca del león muerto y en la mala suerte que tuvo Sansón con las mujeres. En el libro hay una fotografía del autor, un cura con el rostro cubierto por una máscara formada de abejas. Ese hombre creía que las abejas son las únicas criaturas de Dios que conocen el secreto de la felicidad.

Carmen me dijo que fue su hermano quien llevó el libro a casa y que ella nunca lo ha abierto porque las abejas le dan pavor y teme que pueda salir una de entre las páginas y metérsele en la oreja, como le ocurrió hace muchos años, una vez que fue a buscar flores para hacer un ramo y regalárselo a su madre el día de su santo.

Me cuesta imaginar a Carmen de niña, fuera de casa, cogiendo flores, persiguiendo mariposas y huyendo de las abejas. Carmen es una planta de interior que no requiere cuidados y a la que le basta para subsistir con la mísera luz que entra por las ventanas de la casa. La piel cerúlea de Carmen, condenada a la penumbra, nunca se ha estremecido de placer, solo de dolor y de aburrimiento.

Ella sabe que nada me gusta más que partir el pan con las manos, como un padre de familia, y yo sé que lo que más feliz la hace a ella es pegar la nariz al cristal de la ventana y esperar a que pase un coche por la carretera. Los pocos coches que pasan por la carretera aceleran a medida